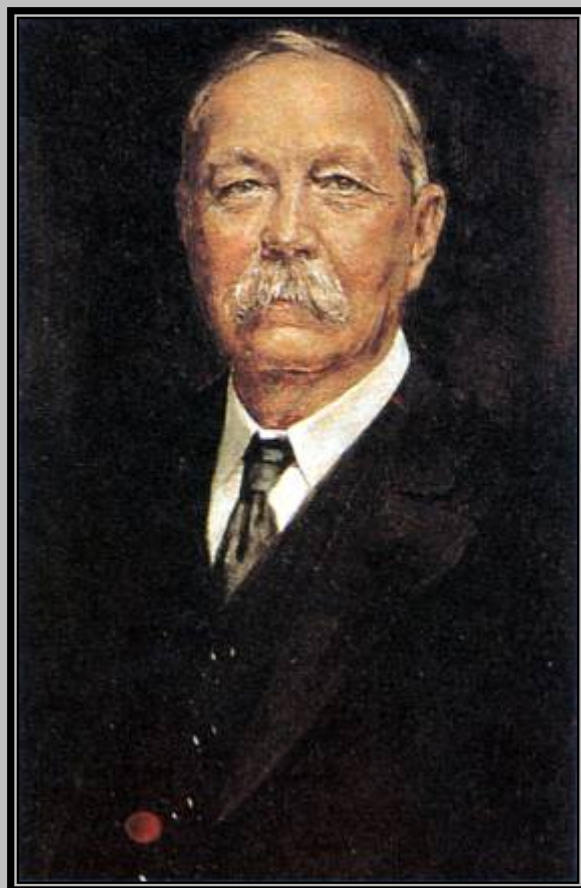


SIR ARTHUR CONAN DOYLE



Sherlock-Holmes.es

Capítulo XV. La llamada de África

En 1907, tras haber logrado limpiar el nombre de George Edalji, Conan Doyle celebró su matrimonio en el mes de noviembre con la señorita Jean Leckie. Ese mismo año Conan Doyle publicó *Throug the Magic Door*, que recogía una serie de ensayos y artículos de prensa en los que el autor de Sherlock Holmes rendía homenaje a los escritores que habían hecho nacer en él la pasión por la literatura. Por sus páginas desfilan Sir Walter Scott, Edgar Allan Poe, Gaboriau, Macaulay y Carlyle, entre otros, descubriendo la influencia que han tenido en sus escritos. El mayor interés del libro radica en los comentarios que Doyle hace de cada uno de sus mentores literarios. Un año más tarde, en 1908, se trasladó a la que sería su residencia definitiva: Windlesham, en Crowborough, en el condado de Sussex. Una vez instalados en su nueva casa, Arthur y Jean se plantearon formar una familia. En septiembre de ese mismo año fallecía el gran ilustrador Sidney Paget, autor de las más famosas ilustraciones de los relatos de Sherlock Holmes. Fue un gran golpe para Doyle, que perdía así a un gran amigo, además de un brillante y asiduo colaborador.



Ilustración de Steele para la portada de la edición de 126 de diciembre de 1903 del "Collier's".

Conan Doyle estaba a punto de cumplir los cincuenta años. Aunque todavía era un hombre vigoroso, el trabajo le cansaba cada vez más, sobre todo ahora que se había convertido en una persona famosa, que recibía centenares de cartas de admiradores y de personas que solicitaban su ayuda y apoyo para las más variadas causas.

El balance entre el Doyle escritor y el Doyle público era cada vez más favorable al segundo. Había mucha gente, sobre todo entre los más jóvenes, que conocía a Conan Doyle por sus apariciones públicas como orador y político, pero que no le relacionaban para nada con el autor de las famosas aventuras de Sherlock Holmes.

El nacimiento del Congo belga.

Dicen que "la llamada de África" se infiltra bajo la piel y que cuando uno conoce el extenso y fascinante continente siente para siempre, por lejos que esté, el deseo de volver. Sir Arthur Conan Doyle siempre se distinguió por su espíritu aventurero, y África le cautivó desde el primer día que en su juventud pisó su suelo. Pero sobre todo su estancia durante la guerra de los bóers hizo nacer en Doyle un sentimiento hacia el continente negro que perduraría el resto de su vida. Años más tarde, en 1909, Conan Doyle volvió a oír "el canto de sirenas" que le volvía a hablar de su amada África. Colocó un mapa sobre la pared de su estudio y seguía en él con detalle el imparable avance de las potencias europeas en dicho

continente. Le interesaba particularmente la evolución de los diferentes países y las sanguinarias guerras tribales que asolaban muchas de las etnias africanas. Los europeos que tenían intereses en África consideraban que no sólo tenían el derecho, sino también el deber de colonizar sin ningún miramiento aquellas tierras. Sólo estaba bien aquello que favorecía a sus intereses, y para nada contaban los deseos ni los intereses de las diferentes etnias que poblaban el continente. El hombre blanco ejercía con deleite la labor de depredador. El rey Leopoldo II de Bélgica estaba empeñado en fundar un imperio en el Congo desde mediados de la década de 1880, y los belgas llevaban a cabo su tarea enfrentándose con sus rivales portugueses y franceses. Tras muchas discusiones y acuerdos, se creó un estado que no pertenecía a Bélgica, pero cuyo jefe de estado era el rey de Bélgica. Los habitantes del Congo no rendían pleitesía a Bélgica como nación, pero sí a su rey, que era monarca del Congo. Leopoldo II se había adueñado de un país que poseía dos productos que interesaban sobremanera a Bruselas: el caucho y el marfil.



El rey Leopoldo II de Bélgica, cuya política sobre el Congo fue duramente criticada por Conan Doyle.

Los nativos empleados en las plantaciones vivían en condiciones infrahumanas, cercanas a la esclavitud. Pronto empezaron las críticas internacionales a los métodos empleados por los colonos y funcionarios belgas. Especialmente duras fueron las críticas de sus vecinos ingleses, que aunque explotaban igualmente a los nativos, lo hacían de forma más inteligente. Las noticias que llegaban a Londres eran preocupantes, y Joseph Chamberlain se quejaba particularmente del trato que recibían los nativos de Sierra Leona, empleados en la construcción del trazado del ferrocarril del Congo, donde mujeres y niños trabajaban hasta la extenuación y la muerte.

En defensa del oprimido.

Desoyendo los consejos de su esposa, así como los de su agente y editores, Conan Doyle emprendió su particular cruzada en pro de los indefensos habitantes del Congo. Colaboró estrechamente con Roger Casement, cónsul británico en Boma, y con E. D. Morel, un responsable consignatario de buques, con los que trabajaba en una asociación que abogaba por la reforma del Congo y el fin de las atrocidades que allí se cometían. La asociación logró el apoyo del Parlamento inglés, que lanzó un mensaje pidiendo el apoyo de las demás naciones. Todo el mundo hablaba incansablemente, pero nadie tomaba medidas concretas. Conan Doyle estaba indignado. Mientras los políticos se entretenían con inútiles discusiones que no llevaban a ninguna parte, los nativos seguían muriendo en el Congo,



Joseph Chamberlaine, alma del partido unionista secundó las críticas de Doyle por el duro trato que recibían los nativos afroamericanos en el Congo y en Sierra Leona.

tratados como animales.

En ocho días, durmiendo menos de cuatro horas por noche y con café y galletas casi como único alimento, escribió *The Crime of the Congo* (*El crimen del Congo*). Desde el momento de su publicación, provocó una gran expectación en todo el mundo. El texto de Conan Doyle, acompañado de expresivas ilustraciones del trato que daban los belgas a sus empleados, creó un unánime movimiento de repulsa. Doyle recibía cientos de cartas, algunas de personajes famosos como el presidente Theodore Roosevelt, aplaudiendo su iniciativa. Pero la realidad era que las altas esferas miraban con escepticismo la labor de Conan Doyle y muchos le consideraban un ingenuo. Los alegatos sobre la moral y la justicia resultaban molestos a los prohombres del momento, más preocupados por la posibilidad de un conflicto mundial, en el que Bélgica sería un interesante aliado contra la peligrosa Alemania.

Capítulo XVI. Una época feliz

Conan Doyle era un hombre de costumbres familiares, por lo que volver a ser padre a sus cincuenta años le llenó de alegría. Aquel niño, hijo de su adorada Jean, le llenaba de satisfacción. Le pusieron los nombres de Denis Percy Stewart Conan Doyle. El nacimiento de su hijo en 1909 le compensaba de los sinsabores que le producían la reforma de la ley del divorcio y su batalla contra los belgas por sus actuaciones en el Congo. Un año más tarde vio la luz su segundo hijo, al que llamaron Adrian Malcolm, en una época de febril actividad literaria. En septiembre, "The Strand" publicó *The Marriage of the Brigadier* (*La boda del brigadier*), última de las aventuras de uno de sus personajes favoritos, el brigadier Gerard. Como en anteriores ocasiones, la crítica no estuvo de acuerdo con el entusiasmo que sentía Conan Doyle por sus novelas históricas, pero esta actitud, que siempre había molestado al escritor, en este caso le dejó indiferente. Conan Doyle era feliz y ninguna crítica podía hacer mella en él.



Portada del dominical del "New York Tribune" con el anuncio de la publicación de *The Lost World*.



Conan Doyle en un anuncio de cigarrillos Player's.

El éxito del montaje teatral de *The Speckled Band* (*La banda de lunares*) hizo que se olvidara rápidamente de las críticas negativas a *La boda del brigadier*. La obra se representaba en el teatro Adelphi y fue el gran éxito de la temporada, alcanzando las 346 representaciones. El inquieto Doyle estaba encantado con este nuevo experimento que le liberaba de la monotonía de sus habituales trabajos literarios.

En el mes de diciembre de 1910 logró un éxito más al publicar en "The Strand" su nuevo relato de Sherlock Holmes, *The Devil's Foot* (*El pie del diablo*), que formaría parte de la colección *His Last Bow* (*Su último saludo en el escenario*), publicada en 1917.

La popularidad de Conan Doyle era cada vez mayor, y no había evento ni inauguración para los que no se solicitase su presencia. Muchas campañas de publicidad deseaban contar con su nombre para el lanzamiento de los productos más diversos, desde jabón a tabaco y automóviles. Aunque, en el fondo, le divertían las propuestas que recibía y algunas de ellas le ofrecían respetables sumas de dinero, las rechazaba casi todas. Sin embargo, sus

declaraciones sobre temas tan candentes como el separatismo irlandés, el derecho al voto de las mujeres, la culpabilidad de algunos delincuentes famosos, Alemania y el naciente movimiento comunista, le crearon no pocos enemigos. De hecho, la policía le destinó un guardaespaldas para que cuidase de su propia seguridad y, lo que le importaba mucho más, de la de su familia.

En 1911 su abundante producción literaria hizo que se olvidara un poco de lo que acontecía a su alrededor. En abril publicó *The Last Galley*, una serie de relatos cortos, algunos de ellos con trasfondo histórico, que pasó sin pena ni gloria; pero Conan Doyle, de la misma forma que no comprendía el éxito de sus relatos de Sherlock Holmes como *The Red Circle* (*El círculo rojo*), aparecido ese mismo mes, tampoco entendía la escasa aceptación de sus trabajos no sherlockianos.

The Disappearance of Lady Frances Carfax (*La desaparición de Lady Frances Carfax*), publicado en "The Strand" en diciembre, supuso un nuevo éxito, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos.



Publicidad del montaje teatral de *The Speckled Band*, en el teatro Adelphi. Las fotografías del actor H.A. Sainsbury son de Ellis and Walery.

El mundo perdido.

En 1912 Conan Doyle publicó *The Lost World* (*El mundo perdido*) y con él vio la luz el profesor Challenger, otro héroe sorprendente. Junto con Sherlock Holmes, es el personaje mejor construido y más creíble de toda la producción literaria de Doyle. El protagonista de *El mundo perdido* tiene mucho de autobiográfico; Challenger defiende las creencias y actitudes de su creador, pero también se parece mucho a un antiguo catedrático de Doyle en la Facultad de Edimburgo, el doctor Rutherford. Muy diferente al doctor Bell, que le había inspirado el personaje de Holmes, Rutherford, con su voz tronante, barba oscura y comportamiento excéntrico, había impresionado profundamente al entonces joven estudiante de Medicina, que se basó en él para crear el personaje de Challenger. Como le sucedía a Holmes con Watson, Challenger también tenía su propio biógrafo, el periodista Edward Malone, encargado de plasmar las aventuras del héroe.



Sir Arthur fotografiado por E.O. Hoppe en Windlesham, en 1912.

Ambos organizan una expedición a Sudamérica en compañía de Lord John Roxton y del anciano profesor Summerlee, donde descubren un valle poblado por dinosaurios, milagrosos supervivientes de la extinción de su especie.

La formación científica de Doyle le permitió dar notable verismo a la historia, con arriesgadas teorías y detalles científicos que daban a la narración un tono superior al de otras novelas de Sir Arthur Conan Doyle.

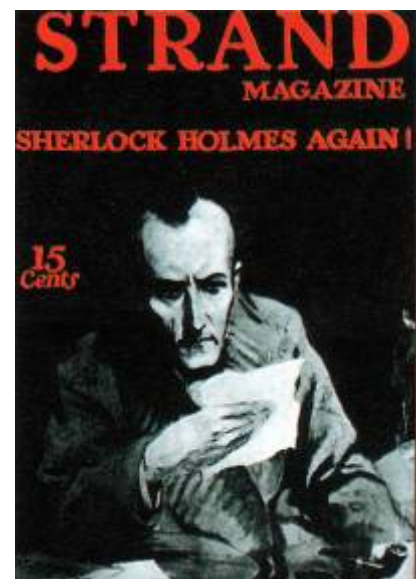
El mundo perdido contaba, además, con una importante presencia femenina, la de Gladys, una heroína moderna, independiente, valiente y muy bella. No era el tipo de mujer que a Doyle le hubiera gustado tener a su lado, pero no obstante definía con bastante exactitud a una atractiva mujer que hubiera podido pertenecer a la época actual.

The Poison Belt.

El éxito del libro fue fulminante y pronto surgieron ávidos lectores de las hazañas de Challenger y sus amigos.

La popularidad de esta obra se ha mantenido hasta nuestros días, y se rodaron dos películas basadas en ella. Harry Hoyt hizo una versión muda en 1925, con Bessie Love y Wallace Beery; pero la más famosa fue la de Irwin Allen, en 1960, con Michael Rennie, Jill St. John, Claude Rains y Fernando Lamas. La buena acogida de *El mundo perdido* animó a Conan Doyle a escribir una nueva aventura de Challenger un año más tarde. Se titulaba *The Poison Belt* y narraba la aparición de un extraño y letal gas venenoso. Challenger y sus amigos creaban un refugio para librarse de los efectos del gas. El público convirtió esta segunda entrega de las aventuras del profesor Challenger en un auténtico bestseller, y muchos vieron en su trama una metáfora de los tiempos que se avecinaban.

Preocupado por la crítica situación internacional, le supuso un alivio y una gran alegría el nacimiento de su hija Jean, su favorita. Con el tiempo, aquel bebé se convertiría en una heroína como comandante de la RAF, lo que le valdría el título de Dame. Casada con Lord Bromet, Jean fue una gran admiradora de su padre. En una entrevista que concedió a Christopher Roden a principios de la década de 1990, hablando de su progenitor, dijo: "Cuando murió, comprendí que la vida nunca volvería a ser igual."



Anuncio en "The Strand" de una nueva aventura de Sherlock Holmes.